

El comerciante de arena

Xavier Dueñas



Nota del autor

Escribí esta historia como quien se sienta al borde de un fuego, cuando la noche ya ha cerrado todas las puertas, y decide, por fin, desatar el nudo antiguo de lo que nunca dijo, no porque espere ser escuchado, sino porque ya no quiere seguir en silencio. No nace de una vivencia concreta, pero brota de una memoria más honda que la mía: una memoria que no tiene dueño, pero que nos atraviesa a todos los que alguna vez caminamos sin saber si llegaríamos, los que seguimos adelante no por certezas, sino por lealtad a una esperanza tenue, casi sin nombre, pero terca como una raíz que insiste bajo la piedra.

El comerciante de arena no pretende explicar nada. No viene con respuestas, ni ofrece lecciones. Es apenas una voz que camina —a veces firme, a veces tambaleante—, que se detiene a mirar, que escucha, y que, cuando el viento lo permite, se atreve, incluso, a cantar.

Si en algún momento esta voz, con sus dudas, con sus pérdidas, con su forma de mirar lo pequeño y lo invisible, logra acompañarte, aunque sea un tramo, entonces la historia habrá encontrado su rumbo.

Gracias por caminar conmigo.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay relatos que se parecen a las huellas: se desdibujan con el tiempo, se borran con el primer viento, pero no desaparecen del todo. Vuelven cuando menos lo esperamos: cuando el viento cambia de dirección, cuando el silencio pesa más que cualquier palabra, o cuando uno se detiene, sin saber por qué, a mirar un paisaje que ya no sabe si reconoce o si, en realidad, solo lo está soñando.

Este es uno de esos relatos.

Un hombre camina por el desierto. Pero no es solo arena lo que lleva. En su andar arrastra memorias ajenas y propias, voces que ya no saben si son recuerdo o invención, silencios antiguos que se fueron haciendo costumbre. Su oficio, aunque aún lo nombre igual, ya no se parece a lo que fue. Y, sin embargo, sigue caminando. Porque cada paso, por pequeño que sea, es un intento. Porque cada gesto, por mínimo que parezca, es una forma de resistir al olvido.

Tal vez no camina para llegar. Tal vez camina para no perderse del todo. Para recordar, mientras aún pueda, que está vivo.

Lo que sigue no es una aventura, ni una parábola. No hay héroes, ni revelaciones. Solo hay un susurro. Una pregunta que no espera ser contestada. Una mirada que, sin decirlo, pide compañía.

Y ahora, si estás dispuesto, camina a su lado. No hace falta entender. Solo quédate un momento. Escucha. Deja que la arena diga lo que tenga que decir.

El comerciante de arena

Me desperté antes que el sol, como si el cuerpo recordara algo que el sueño aún no se atrevía a soltar. La oscuridad abrazaba las piedras, y el aliento salía blanco de la boca de los camellos. No fue un sobresalto, sino una llamada suave, quizá el viento me rozó el hombro con un dedo invisible.

El viento, que antes cantaba entre las orejas de los camellos, ahora solo se desliza, mudo, perdido, como quien ha olvidado a dónde iba.

Extendí la manta y me incorporé con calma, sintiendo en el cuerpo esa lentitud sabida, nacida de los años y de los días que se suceden como cuentas de un collar antiguo. Los huesos crujieron, cargados de camino, y a mi alrededor la arena permanecía quieta, como esperando un paso antiguo que la despertara de su letargo.

Antes, cuando mi padre y yo recorriamos esta ruta, el desierto despertaba con otro ánimo, las dunas eran más suaves, los tamarindos más firmes, y hasta los escorpiones se dejaban ver antes de esconderse. Ahora todo parece más seco. Más roto. Más callado.

Preparé el aparejo con movimientos lentos: las riendas, los odres, los sacos de tela. El olor del cuero viejo me trajo una imagen: las manos de mi padre, fuertes y curtidas, apretando el nudo final como quien sella un pacto con la tierra. Cerré los ojos. Esa imagen vuelve tantas veces que ya no sé si la recuerdo o la invento para no perderla.

El cielo comenzaba a clarear. Una línea de luz pálida se extendía en el horizonte, como una promesa aún incierta. Me gusta ese instante: cuando el mundo aún duda de sí mismo, cuando todavía no ha elegido un rostro para el día. Pero esta mañana, incluso la claridad parecía vacilante, sin saber del todo qué venía a iluminar.

Hace tiempo que este paisaje me resulta ajeno. Quizá no ha sido solo él quien ha cambiado. Lo que antes me hablaba, ahora calla. Y el viento... el viento ha dejado de hablarme.

¿Te ha pasado, amigo, que un lugar que conocías de memoria te devuelva la mirada y no te reconozca? Que, al tocar la piedra de siempre, su rugosidad te resulte ajena, y hasta el polvo huela distinto, como si otro tiempo habitara allí.

Hoy, al ponerme en marcha, sentí que camino hacia otro lugar, pero también hacia alguien que fui y que ya apenas reconozco.

El comerciante de arena

Los camellos avanzan con la paciencia de quienes saben que el tiempo se mide en pasos. El sol gana altura, y la arena, antes tibia, comienza a calentarse con esa lentitud sigilosa que solo el desierto conoce. Cada crujido bajo sus patas es un eco antiguo. Y yo, a su lado, pienso menos en el destino que en lo que se ha ido desdibujando detrás.

Esta misma ruta fue durante años mi escuela. No de libros ni pizarras, sino de miradas, de manos curtidas, de voces que sabían cuándo hablar y cuándo callar. Mi padre caminaba delante, siempre firme, como si el desierto se abriera ante él. Yo, detrás, intentaba colocar mis pasos en los suyos, convencido de que imitarlos bastaría para entenderlo todo.

Pero ese mundo se ha ido. Las piedras ya no cuentan las mismas historias. O quizá yo he perdido la manera de escucharlas.

Las aldeas que encontrábamos estaban vivas: chisporroteaba el té, un saludo nacía desde la sombra, y la amabilidad no conocía prisa. El comercio era más que trueque: era reconocimiento. Cada intercambio traía una historia, un consejo, una canción al caer la tarde.

Hoy el polvo pesa más. Las preguntas son otras. Pocos preguntan de dónde vienes o qué traes. Solo interesa si llevas agua, si conoces el atajo, si hay paz más allá de las colinas. La urgencia ha desplazado al encuentro. El miedo sigue aquí, con otro rostro.

Y me pregunto, a veces con una punzada que baja desde el pecho, si todo esto tiene sentido. Si cargar sacos de jabón, telas y sal es algo más que una rutina vacía. Si seguir el oficio de mi padre es fidelidad... o terquedad. Si aún soy comerciante, o solo alguien que camina porque no sabe parar.

Tal vez eso sea. Camino porque no conozco otra cosa. Porque mis pies recuerdan rutas que mi mente ya empieza a olvidar. Porque en cada jornada, sin saberlo, espero una señal. Que el silencio se rompa. Que el viento vuelva con una voz que creí perdida.

Mi padre silbaba, entre duna y duna, una melodía tan sencilla que parecía un susurro. Nunca la cantaba entera. Solo repetía ese verso, una y otra vez: *“El viento volverá, aunque no sepas su nombre”*.

De niño la repetía con él, sin comprender. Hoy, al recordarla, siento que esa canción es lo único que aún me une a lo que fui. Mientras la escuche dentro de mí, aunque sea en voz baja, seguiré siendo parte de algo.

No fue algo concreto. Al principio, solo una sensación tenue. Ninguna señal clara, apenas un desajuste: como entrar en una habitación conocida donde todo está levemente desplazado.

El comerciante de arena

El camino seguía ahí, trazado por generaciones, marcado por huellas que el viento apenas borra. Pero algo no respondía. Me descubrí buscando en el paisaje alguna señal de que no estaba solo en esa incomodidad.

Las dunas, antes suaves como cuerpos dormidos, se veían desgastadas, empujadas desde dentro, con rabia o con desánimo. Las acacias, otrora firmes como una madre, estaban torcidas, ennegrecidas por la sed, atrapadas entre jirones de plástico que el viento ya no arrastra.

Y el cielo, refugio tantas veces, tenía ahora un velo sucio: mezcla de calor y polvo. La luz llegaba torcida, extraviada, como un reflejo sin origen.

Nada parecía distinto. Y, sin embargo, todo lo era. Esa paradoja me tocó muy adentro.

No era miedo. No todavía. Era más bien una inquietud sin nombre, como una astilla bajo la uña: pequeña, persistente. Algo se había ido, sin avisar.

Los camellos seguían, tranquilos. Pero yo, por dentro, iba lleno de preguntas. De esas que no se dicen, que quedan en los ojos, en los gestos que se aplazan.

Y en medio de esa marcha callada, me pregunté si este desierto, que tanto sentí mío, aún me reconoce... o si soy yo quien se ha vuelto extraño.

Dime, tú que ahora me escuchas: ¿te ha pasado alguna vez sentir que lo que te rodea sigue ahí, pero ya no te incluye? ¿Has vuelto a un lugar amado y sentido que te mira con indiferencia, como si el que se fue, el que olvidó, fueras tú?

LAS HUELLAS QUE NO SE VEN

Llegué a la aldea cuando el sol ya había cedido, en esa hora en que la luz se torna dorada y hasta el polvo parece suspenderse en el aire, detenido, como si el tiempo, por un instante, olvidara avanzar. Desde la distancia, solo se veían manchas oscuras entre los matorrales reseco, moviéndose lentamente, revelando una verdad largamente escondida. Pero al acercarme, distinguí cuerpos: niños descalzos, mujeres con los vestidos pegados a la piel por el sudor seco, ancianos sentados en silencio, la mirada perdida en otro lugar, ajenos ya a toda esperanza.

No dijeron palabra. Yo tampoco.

El comerciante de arena

Los saludé con un leve gesto, sin acercarme demasiado. A veces, respetar consiste en guardar silencio, en no interrumpir con preguntas una quietud que ya de por sí lo dice todo. Con el tiempo, uno aprende a leer el cansancio que se anida en los hombros caídos, la desconfianza en los pies que permanecen inmóviles, temerosos de que cualquier paso despierte una nueva amenaza. Eran recién llegados, eso se notaba. La manera en que se apretaban unos contra otros, la forma en que evitaban las miradas revelaba que aún no sabían si aquel lugar era un refugio o apenas otra estación en la huida interminable.

Una mujer dio un paso al frente. Tendría mi edad, o quizá algo más, pero el agotamiento había borrado cualquier rastro de juventud en su rostro endurecido por la intemperie. No me miró directamente. Solo extendió las manos con una humildad que dolía, que parecía pedir sin voz. —¿Podrías... un poco de agua? —susurró, casi sin abrir los labios, con una voz que parecía quebrarse al contacto con el aire.

Le ofrecí uno de los odres. Lo tomó como se recibe un objeto sagrado y bebió sin avidez, con una lentitud que parecía respeto, no solo hacia el agua, sino hacia lo que significaba recibirla. Luego se lo pasó a una niña que me observaba desde detrás de su pierna con los ojos muy abiertos, como queriendo entender si yo era parte del peligro o de la esperanza.

No me dieron las gracias. Pero en ese silencio había algo más puro, algo que brotaba desde un lugar más hondo que las palabras.

Me quedé unos minutos. No era tiempo de hablar. Ellos necesitaban sombra, agua, y la certeza de que no serían expulsados. Yo solo podía ofrecer lo segundo. A veces uno entrega lo que lleva encima, aunque no alcance, aunque sepa que el gesto no llenará lo que falta.

Pensé en mi madre, en el día en que dejamos nuestra casa sin saber si volveríamos. Recordé sus pasos apurados, la olla de barro que se negó a abandonar, su forma de apretarme la mano cada vez que pasaba un vehículo o un disparo, como si en ese contacto se jugara toda nuestra permanencia. Y recordé también a los hombres que, como yo ahora, nos ofrecían un cuenco de agua, un pedazo de pan duro, una mirada breve que no juzgaba ni pedía nada.

Quizá por eso permanecí en silencio. Porque, en el fondo, sigo siendo ese niño que camina sin saber si tendrá dónde dormir.

Esa noche me quedé. No estaba previsto, pero tampoco era necesaria una decisión. En el centro de la aldea, alguien había encendido un fuego pequeño, tímido, como temiendo despertar al polvo o perturbar un silencio que parecía costar mantener. Me senté en silencio,

El comerciante de arena

un poco apartado, sin saber si era huésped, testigo, o apenas una sombra más entre las sombras.

Uno de los hombres —delgado, con las manos agrietadas como la tierra que habíamos cruzado— me ofreció un trozo de mijo seco. Lo acepté. Compartir comida sin hablar es una forma de tregua, un acuerdo tácito entre los que aún reconocen la humanidad en el otro. Pronto, otros se sentaron cerca. El fuego no daba mucho calor, pero permitía ver los rostros. Y en esos rostros había algo que me atravesó sin permiso: una mezcla entre lo vivido y lo que aún no se atreve a doler, ese espacio donde lo sufrido todavía no encuentra palabras.

Comenzaron a hablar. No todos, pero sí algunos. Una mujer habló de su casa quemada, de los hijos que quedaron del otro lado del monte, de su madre que se negó a marcharse. Un joven contó que antes era pastor, que su rebaño desapareció una mañana, dejando solo un hilo de sangre como rastro. Otro —más niño que hombre— dijo que no recordaba la última vez que había dormido tranquilo, sin sobresaltos, sin esa alerta que ya parecía parte de su cuerpo.

Yo escuchaba como quien reconoce en esas palabras un idioma propio, un eco de algo vivido en otro tiempo.

Nosotros también tuvimos que dejarlo todo. Mi madre también me arrastró de la mano entre gritos, con una bolsa a la espalda y una oración en los labios. Y yo también aprendí a dormir con los zapatos puestos, por si había que correr, por si la noche se volvía otra vez amenaza.

Mientras los oía, sentí abrirse una grieta dentro, una grieta antigua que creía cerrada y que, sin embargo, aún palpitaba. No por sus historias —que ya conocía, aunque no fueran mías—, sino por darme cuenta de que, en realidad, nunca dejé de estar en fuga. Que uno puede quedarse en un sitio y aun así seguir huyendo por dentro, cargando la huida como una memoria adherida al cuerpo.

Y entonces lo comprendí, sin dramatismos ni palabras grandilocuentes: “ellos” y “yo” no somos distintos. Nunca lo fuimos. Solo somos personas que avanzan con la memoria rota a la espalda, buscando un lugar donde el mundo duela un poco menos, donde lo perdido no pese más que lo que aún puede ser.

Antes de irme, dejé a los pies del fuego un pequeño saco de dátiles secos y una manta doblada. Nada más. Era lo único que podía ofrecer sin dejar a los míos sin lo justo. Nadie me lo pidió y nadie lo rechazó. Quedó allí, entre las brasas y el polvo, como un gesto que no sabía si era alivio o despedida, pero que necesitaba dejar.

El comerciante de arena

Mientras me alejaba, sentí el peso del silencio sobre los hombros. No era culpa, no exactamente. Era algo más turbio, más antiguo. Parecía una escena ya vivida, en otro lugar, con otros rostros, pero con la misma certeza inamovible: el dolor vuelve, una y otra vez. Cambia de nombres, de idiomas, de edades, pero no de forma. Se transforma solo en la superficie.

Me detuve un instante. Miré hacia atrás. Las figuras seguían allí, agrupadas como ramas contra el frío. Pensé en dejar algo más, buscar en el saco una navaja, una barra de jabón, cualquier cosa. Pero comprendí que no era eso lo que faltaba. Lo que faltaba no cabía en las manos. Y eso es lo que más duele.

A veces uno cree que su viaje tiene un propósito. Que llevar sal, utensilios, pequeños bienes de una aldea a otra es más que una tarea: es una forma de sostener el hilo invisible que aún une este mundo con lo que fue. Pero en noches como esta, cuando todo parece tan frágil, tan hueco, me pregunto si no será una ilusión. Si lo que hago sirve realmente para algo o si solo camino para no quedarme quieto frente a lo que ya no sé nombrar, frente a lo que duele sin forma.

Y, sin embargo, continúo.

Mis pies avanzan antes que yo. Mis camellos se preparan sin que los llame. El viaje se ha vuelto una costumbre del cuerpo, una memoria que ya no necesita explicación. Tal vez porque, si me detuviera del todo, tendría que aceptar que no hay respuesta. Que no hay final. Que el mundo no va a componerse solo porque uno siga en pie.

Esa noche dormí mal. Sentía esa certeza que se instala sin anunciarse: que dar no basta. Y que, a pesar de todo, dar algo sigue siendo la única forma que tengo de seguir siendo humano.

LA NOCHE Y SUS PREGUNTAS

La noche llegó sin anunciarse como un aliento que apaga la llama del día. Busqué un claro entre dos colinas bajas, donde la arena parecía más firme y el viento menos cruel. Los camellos se acomodaron sin que hiciera falta guiarlos. Sabían, como yo, que era momento de detenerse.

Desplegué la manta, aseguré las cargas y recogí algunas ramas secas que había visto por el camino. El fuego tardó en prender. Las manos ya no tienen la destreza de antes y la yesca,

El comerciante de arena

húmeda de rocío anticipado, resistía la chispa. Pero al final lo logré. Siempre termino lográndolo. Hay tareas que, con el tiempo, se hacen solas, incluso cuando el cuerpo duda.

El crepitar de la leña fue la única voz durante un buen rato. Ni siquiera los camellos emitían sonido. Dormitaban en pie, sin atreverse a perturbar el equilibrio delicado de esa hora muda. En la lejanía, algún animal nocturno dejó escapar un chillido breve, casi tímido, como para recordarme que la vida seguía respirando, aunque fuera desde la sombra.

Me senté al borde del fuego con las piernas estiradas, sintiendo la arena aún caliente bajo los talones. Saqué un poco de pan seco y lo mastiqué despacio. La cena no era más que un gesto, algo que se hace, no por hambre, sino por memoria. Lo mismo con el té. Calenté el agua, no porque necesitara beber, sino porque ese olor —ese humo oscuro y limpio a la vez— me ayudaba a mantener a raya los pensamientos que muerden cuando toda calla.

Me envolví en la manta por esa necesidad de estar dentro de algo que proteja. Las noches en el desierto no son crueles por lo que traen, sino por lo que despiertan. Y esta noche, más que otras, me sentí viejo. No en los huesos, no en la piel, sino en ese lugar sin nombre donde uno lleva el peso de lo que ya no volverá.

Apoyé la espalda contra la alforja y miré el cielo. Las estrellas estaban ahí, inmóviles, brillando como siempre. Pero a mí ya no me parecían iguales. Había algo en su luz que me recordaba a lo que uno ama durante demasiado tiempo: cercano, pero ya sin calor.

No sé si eran las mismas... o si era yo el que ya no podía verlas igual.

A veces me pregunto si todo esto tiene algún sentido. No lo digo con rabia ni con tristeza. Solo lo susurro, como quien lanza una duda al cielo sin esperar respuesta.

¿Qué significa comerciar en un mundo que ha dejado de intercambiar historias? Antes, cada trueque llevaba consigo una historia envuelta en palabras: una cosecha perdida, un hijo que volvía, una boda esperada, una promesa. Hoy, lo único que cambia de manos son objetos. Pesan, sirven, se agotan. Pero no dicen nada.

He pensado más de una vez que soy un comerciante de arena. Llevo de un sitio a otro lo indispensable, aunque a veces parezca que llega tarde o no basta: sal, telas, pan, jabón. No ofrezco milagros. No traigo consuelo. A veces siento que solo desplazo el polvo de un pueblo a otro, más viento que hombre.

La arena...

El comerciante de arena

Es curioso cuánto se parece la vida a esta arena que me rodea. Se desliza entre los dedos, aunque uno apriete la mano. Parece firme, pero nunca permanece. No se deja guardar. Acompaña, cubre, entierra, y al final, borra.

Hay días en los que me convengo de que nada queda. Todo se lo lleva el tiempo, el sol, el olvido. Pero luego, en medio del camino, alguien me llama por mi nombre. Alguien recuerda a mi padre, o nombra un trueque hecho veinte años atrás, y entonces, por un momento, me parece que algo permanece.

¿Y si no fuéramos más que eso?

Memorias sueltas, alojadas en otros, cruzando desiertos.

Mientras el fuego se apaga, suspiro y siento que a veces pesa más lo que no se ve. Lo que no se carga en los sacos, ni se mide en monedas, ni se deja en los mercados.

Pesa este oficio que me ha salvado y me ha aislado al mismo tiempo. Este oficio que me hizo hombre, pero que ahora me deja con la duda de si aún hay algo que valga la pena llevar.

Hay noches en que me inquieta la idea de desvanecer sin huella.

No nace de la debilidad ni de la nostalgia, sino de la certeza de que ya no puedo fingir indiferencia.

He cruzado este país más veces de las que podría contar. He conocido caminos que ya no existen, pozos que se han secado, aldeas que fueron y ya no son. He negociado con hombres justos y con hombres rotos. He dado mi palabra, he cargado mi espalda, he seguido adelante, aunque todo empujara hacia atrás. Y sin embargo... hay días en que me parece que nada de eso quedará. Que todo lo que he hecho se disolverá como una pisada en la arena. Que el viento borrará mi nombre incluso de los labios de quienes lo han pronunciado.

¿Sabes qué me duele más?

Pensar que, cuando muera, nadie susurrará al viento: *“Aquí respiró un hombre, y su paso dejó sombra”*.

A veces basta poco, solo una frase perdida, dicha al pasar: *“Lo recuerdo”*.

Que alguien sintiera que, por un momento, compartimos el mismo polvo, el mismo cielo, el mismo miedo.

A veces me digo que eso basta.

El comerciante de arena

Esta noche, mientras el fuego se consume y los camellos respiran en su sueño, miro el cielo y me siento pequeño. No es la pequeñez de un niño, sino la de algo que ha perdido su forma, su límite, su contorno. Las estrellas no me responden. Pero tampoco me ignoran. Solo están ahí, observando desde su altura quieta. Pienso que quizás cada una guarda un secreto que nadie sabrá jamás. Y que tal vez nosotros —los que caminamos— también somos eso: preguntas sin respuesta, luces fugaces que se encienden un tiempo y luego... desaparecen.

Y mientras la llama perdure, y mis pasos, aunque breves, aún consigan dibujar una huella en la arena del mundo, seguiré avanzando, no porque crea que hallaré un destino, sino porque necesito seguir creyendo que aquello que soy —este soplo, esta voz, este gesto— aún resuena en algún rincón del silencio.

EL NIÑO DEL POZO SECO

Me detuve al mediodía, más por intuición que por necesidad. El sol caía en vertical, sin misericordia, y una hilera de arbustos secos marcaba el límite de un asentamiento abandonado que apenas recordaba. Buscaba sombra, un poco de aire, tal vez la idea —absurda, obstinada— de que allí aún pudiera quedar algo de agua, un vestigio de vida, una tregua en medio del desamparo.

Encontré el pozo seco al fondo de una depresión en la tierra. A su alrededor, todo era silencio. Las piedras, agrietadas por el calor; las huellas antiguas, casi borradas por el tiempo y el viento. Me acerqué, sin esperar nada, y fue entonces cuando lo oí.

Un llanto. Bajo, entrecortado, nacido de una garganta que el silencio había resquebrajado.

Al principio pensé que era el gemido del viento atrapado en el brocal. Pero no era eso. Era un niño. Sentado junto a la base del pozo, con los pies cubiertos de polvo, el rostro sucio, los ojos enormes, desbordantes, demasiado grandes para una cara tan callada y quieta.

Y en esa mirada había algo que dolía más que cualquier grito, más que cualquier palabra rota por el miedo. Dolía de un modo antiguo, como duele lo que uno reconoce antes de saberlo.

Me arrodillé a cierta distancia. Saqué un odre de agua, lo abrí con lentitud y se lo tendí. Tardó en tomarlo. Solo cuando el agua comenzó a gotear por el borde, sus dedos pequeños se estiraron, temblorosos, temiendo quebrar un silencio demasiado frágil. Bebió sin ruido. Luego comió un trozo de pan duro que partí sin decir nada.

El comerciante de arena

No le pregunté su nombre ni por su madre. No por falta de curiosidad, sino porque intuí — como se intuyen las cosas esenciales— que cualquier palabra habría abierto una grieta demasiado grande. Él, mientras tanto, recogía cuidadosamente una piedrecilla y la colocaba sobre el borde del pozo, como quien intenta dar forma, con gestos mínimos, a algo que lleva dentro.

A veces, el dolor necesita espacio para respirar, para no morir ahogado por la prisa.

El niño no volvió a llorar. Tampoco habló. Permaneció ahí, cerca, en ese limbo que existe entre el miedo y el alivio, sostenido apenas por la certeza de no estar solo.

Tampoco yo dije nada. Me limité a sentarme a su lado, a mirarlo de vez en cuando, a ofrecerle sombra con mi cuerpo, en un gesto mínimo que, tal vez, bastaba para protegerlo del sol, del mundo, de sí mismo y de todo lo que aún no sabía que dolía.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Lo que sí sé es que, en medio de ese silencio sin bordes, algo dentro de mí —algo viejo, endurecido, enmudecido por los años— comenzó a moverse. Muy lentamente.

Permanecimos allí mientras el sol, lento como un animal herido, comenzaba a replegar su furia, y la luz se volvía más suave sobre las piedras. La sombra del pozo se estiraba en la arena con esa torpe elegancia de las cosas viejas que se rinden al final del día. El niño, siempre en silencio, apenas se movía, dudando aún de que ese instante de calma no escondiera, como tantas veces, el temblor de lo que vendría.

Lo observaba sin invadirlo, con esa atención que solo se aprende con los años, cuando ya se ha comprendido que, a veces, el amor no se dice, no se impone, no se explica: simplemente se ofrece, como el cuenco de agua que tendí hacia él una vez más, y que tomó con manos lentas, concentradas, como si temiera despertar algo que aún no sabía si quería recordar.

No había preguntas, ni respuestas. Solo ese espacio compartido donde lo no dicho pesaba más que cualquier palabra, donde cada silencio parecía contener un mundo entero de gestos y de duelos.

En su forma de moverse, en la manera en que recogía un puñado de arena y lo dejaba escapar entre los dedos, en la quietud contenida de su espalda, vi algo que me resultaba insoportablemente familiar. Una herida que volvió a latir, sorda y antigua, abierta de nuevo por el niño, sin saber que tocaba la puerta de algo que yo creía enterrado.

El comerciante de arena

Pensé en mi hijo. No en su rostro —que la memoria ha empezado a desdibujar con una ternura cruel—, sino en su presencia: ese vacío que no deja de habitarme, ese hueco que no ocupa el olvido porque es demasiado hondo para desaparecer.

Quise decir su nombre, pero lo contuve, temiendo que al hacerlo traicionara ese instante en que el dolor, por un momento, había dejado de pesar.

Me descubrí deseando que ese niño fuera mío. Su silencio me llamaba desde un lugar que yo creía enterrado para siempre.

Sentí una ternura feroz, de esas que no buscan consuelo, sino sentido. Y me dejé alcanzar, como quien reconoce que, a pesar de todo, el corazón aún sabe latir.

Me incliné ligeramente hacia él, y con una voz que casi no me pertenecía, le canté en un susurro ese verso que mi padre repetía cuando la noche caía sobre las dunas y todo parecía menos cierto: *“El viento volverá, aunque no sepas su nombre”*.

Él no respondió, se quedó inmóvil, escuchando con algo más que los oídos, comprendiendo sin entender del todo.

Y yo, en ese silencio compartido, supe que no hacía falta nada más.

Cuando el sol empezó a apagarse detrás de las colinas lejanas, y la luz se hizo más espesa, casi polvorienta, el niño se levantó sin pronunciar palabra. No pidió que lo siguiera, pero sus pasos tenían una dirección tan segura, tan íntimamente marcada por la costumbre del duelo, que no pude hacer otra cosa que caminar tras él, sintiendo que cruzábamos juntos un umbral que no era de los vivos ni de los muertos, sino un espacio suspendido donde todavía duele aceptar lo que ya es irreversible.

Bordeamos una hilera de arbustos resecos, descendimos una pequeña hondonada, y allí, entre la sombra temblorosa de una tarde que ya sabía que no iba a volver, la vi.

El cuerpo yacía junto a una manta desplazada, una vasija vacía entre los dedos. Ninguna marca de lucha, ningún grito retenido: solo ese silencio áspero que nace de la soledad absoluta, sin testigos, sin retorno.

Me quedé quieto, con esa quietud que nace del respeto.

Porque hay verdades que no se nombran. Porque hay dolores que no aceptan palabras. Y porque, en ese instante, comprendí con una claridad serena y cruel que el niño ya lo sabía

El comerciante de arena

todo, desde hacía horas, tal vez desde el mismo momento en que dejó de escuchar la respiración de su madre.

No lloró. Se detuvo a un par de pasos, con la espalda recta, como quien sabe que, si se inclina, si deja escapar un suspiro, todo puede derrumbarse para siempre.

Yo, en cambio, me arrodillé para cubrir el cuerpo con la manta con una lentitud casi ritual, como si ese último gesto de cuidado pudiera devolverle algo de la dignidad que el mundo le había robado.

Cuando volví a mirar al niño, no sabía qué hacer. Tenía miedo de tocarlo, de romper esa frágil armadura de silencio que lo mantenía en pie. Pero entonces lo vi avanzar un paso. Solo uno. Y supe que me lo estaba diciendo todo.

Me acerqué con cautela, con la suavidad que uno reserva para los recién nacidos o los animales heridos. Le tendí los brazos y él se apoyó en mí, liviano y tembloroso, sostenido apenas por ese gesto —pequeño, mudo, necesario— que parecía bastar para que no se desmoronara.

Caminamos de vuelta al pozo con pasos lentos, vencidos por el silencio y por la luz que ya se había ido.

El cielo, sin estrellas todavía, tenía un color sucio, cansado.

El día había terminado, y con él, algo que no sabré nombrar jamás.

Esa noche no encendí fuego porque entendí que hay dolores que solo pueden ser compartidos en la oscuridad.

VOLVER A CAMINAR

El amanecer me halló despierto, sentado junto al niño, con la espalda contra la alforja y la mirada perdida en el horizonte que comenzaba a esbozarse entre la sombra y la luz, como si la línea del mundo se desplegara lentamente ante mis ojos, en ese instante en que la noche se retira sin prisa y el día apenas se atreve a anunciarse. No hacía frío, pero el aire tenía ese temblor callado que a veces anticipa los días que dejan huella. El mundo entero, por un instante apenas perceptible, parecía respirar más despacio.

El niño dormía aún, envuelto en mi manta, el rostro medio oculto por un pliegue desplazado durante la noche, y su respiración, acompasada y firme, tenía ese ritmo sereno que solo

El comerciante de arena

alcanzan los cuerpos pequeños cuando se sienten completamente a salvo, aunque sea por unas horas prestadas a la incertidumbre.

No quise moverme de inmediato. Había en ese instante una quietud distinta. No era la del cansancio ni la de la resignación, sino otra más profunda, más limpia. Como si todo lo vivido —el fuego, el silencio, el llanto contenido— se hubiera posado sobre mí no como un peso aplastante, sino como un manto leve. No supe por qué lo sentía así. Tal vez solo necesitaba esa pausa.

Me incorporé sin hacer ruido, recogí lo poco que quedaba esparcido a nuestro alrededor, revisé las cargas, las riendas, los odres. Eran movimientos que mis manos conocían de memoria, repetidos una y otra vez a lo largo del tiempo, pero que en esta ocasión parecían acompañados por otro pulso. Parecía preparar algo más que un viaje, algo más vago, más hondo, algo que todavía no tenía nombre.

Volví junto al niño, que seguía dormido. Me agaché con cuidado para tomarlo en brazos; no se despertó. Apenas murmuró algo entre dientes, atrapado todavía en ese espacio donde la vigilia no termina de llegar.

Lo acomodé sobre uno de los camellos, arropándolo con la manta, sujetándolo con las correas, como quien resguarda no solo un cuerpo pequeño, sino también una historia que aún no ha sido contada.

Me detuve un momento antes de partir. Miré el cielo ya teñido de cobre. Miré la tierra, siempre dispuesta a tragarse las huellas. Y comprendí —sin palabras, sin certeza— que algo en mí ya era distinto. Aunque no sabría decir qué. Solo supe, con una claridad repentina, que ya no era el mismo hombre que había llegado al pozo.

Coloqué al niño con cuidado sobre el lomo del camello más viejo, ese que conocía mi paso como propio y ya no se inquietaba ni por tormentas ni por demoras. Acomodé la manta sobre su cuerpecito, en un gesto que parecía abrigar algo más que el frío: una promesa callada, una forma de decir sin palabras que todo seguía.

Junto a él, aseguré un cuenco de barro que había quedado junto al pozo. Quizás lo recogí por impulso, por respeto, o porque era lo único que podía llevarme de ella —la mujer que ya no estaba— sin profanar el silencio que había dejado tras su partida. Estaba rajado, desportillado en un borde, pero seguía siendo un cuenco: abierto, disponible, útil. Como la memoria. Como la ternura que uno no sabe cómo usar, pero que tampoco desea abandonar.

El comerciante de arena

Lo até con una cuerda al costado del bulto, con la misma naturalidad con la que se anudan los odres o las bolsas de sal. No era un tributo, era solo un objeto que había formado parte de una historia, y que ahora, sin saber cómo ni por qué, formaba parte de la mía.

Algo en mí entendía que ese gesto —pequeño, simple, cubierto de polvo y de días— tenía más sentido que muchas de las rutas que había recorrido. O al menos, eso quería creer.

Lo importante no era el niño. Ni yo. Ni siquiera el camino por delante. Lo importante era haber decidido llevarlo. Porque hay momentos en que eso basta. Momentos en que el mundo no se arregla, pero se acompaña.

Cuando todo estuvo en su sitio —las riendas sujetas, los sacos bien amarrados, el niño envuelto como un recuerdo que aún no tiene forma—, di el primer paso sin pensarlo, sin anunciarlo, como si mis pies supieran antes que yo que era hora de volver al camino para seguir el hilo invisible que une los días, incluso cuando no comprendemos lo que tejen.

Los camellos me siguieron sin urgencia, con esa sabiduría antigua de quien no necesita órdenes porque ha hecho de la marcha una forma de ser. Avanzaban con ese ritmo cansado pero constante de las cosas fieles, y en cada paso parecía ir el peso del tiempo mismo.

La brisa, apenas un murmullo, se deslizó entre los pliegues de la mañana. No era el viento de mi infancia —aquel que silbaba entre las orejas de los animales y agitaba los velos con alegría—, sino uno más tenue, más tímido, como quien regresa tras una ausencia larga y duda si será bienvenido. Y, sin embargo, soplabla. Soplabla, sí, y eso bastaba para recordarme que no todo está perdido. Que a veces lo que regresa no es igual, pero vuelve. Que la vida no responde, pero acompaña. Que caminar, incluso sin destino, incluso con las manos vacías y el corazón lleno de preguntas, sigue siendo una forma de no rendirse.

El sol trepaba despacio por el lomo del horizonte, y su luz, suave sobre las dunas y las piedras, parecía una caricia. Bajo ese resplandor sin promesas, nació en mí una quietud honda, una calma que no necesitaba comprender, solo estar.

Tal vez el día traiga algo inesperado. Quizás este niño, algún día, sabrá quién soy o de dónde vengo. Ignoro si mi oficio aún tiene sentido. Pero si alguna vez lo tuvo, tal vez fue para llegar hasta aquí. Y camino. Camino con él. Camino con lo que queda. Camino porque es lo único que aún sé hacer sin dudar.

Y mientras avanzo, dejando atrás ese pozo seco, ese silencio lleno de presencias, ese cuenco rajado atado con cuerda, siento que hay canciones que no necesitan voz para existir ni oído

El comerciante de arena

para recordarse, porque viven en otro lugar, donde el viento aún las guarda. Tal vez un día el niño la cantará, sin saber de dónde viene. Y entonces sabré que no todo se perdió.

"El viento volverá, aunque no sepas su nombre"

Y yo también estoy aquí, aunque no sepa del todo quién soy.

Epílogo

Del niño solo conservo la imagen del sueño tranquilo, su respiración leve bajo la manta, y el eco de su presencia pequeña, pero indiscutible. Ignoro si alguna vez recordará mi nombre, si repetirá ese verso que le susurré o si nuestras huellas compartidas se disolverán sin dejar más rastro que el polvo.

Tampoco sé qué será del cuenco agrietado, atado con una cuerda al costado del camello. Tal vez quede allí, como testigo callado de un día distinto, o tal vez la arena lo cubra lentamente, como cubre tantas otras cosas que formaron parte de algo verdadero.

Lo cierto es que algo se desplazó en mí aquella tarde. No fue un giro brusco, ni una revelación luminosa. Fue más bien un temblor íntimo, una vibración nueva en ese lugar donde se asientan las pérdidas. Como si la grieta, al fin, respirara distinto. Como si una canción antigua volviera a sonar, no con fuerza, pero sí entera.

Desde entonces camino con otro paso. No más rápido, ni más sabio, pero sí más presente. Camino sin urgencia, no para llegar, sino para acompañar. Para sostener, en lo posible, esa delicadeza de estar con lo que duele y con lo que aún no tiene nombre.

A veces, estar es lo único que podemos ofrecer. Estar con los otros. Con la memoria. Con lo que somos incluso cuando no lo entendemos del todo.

Y si alguna vez, en medio del camino, alguien repite aquel verso —quizá sin saber su origen, quizá sin saber por qué— sentiré que algo permanece, que el viaje no fue en vano:

“El viento volverá, aunque no sepas su nombre”

Y yo también sigo aquí. No con todas las respuestas, pero sí con la voluntad intacta de caminar.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>